

# IRIS



## DESENCANTO

Tumbado sobre el murallón que separa la carretera de los cantiles rococós que sirven de trinchera defensiva contra el asalto furioso de las olas, aguardé á que la romería se concluyese. Iba la tarde muy de vencida. A lo lejos y á mi derecha oscilaban luces entre la espesura; á no haber conocido yo de sobra la situación de la aldea, esta circunstancia hubiera sido suficiente para orientarme:

De espaldas al mar y con los ojos puestos en los puntos luminosos, que á manera de jalones me señalaban el paraje en que la romería se celebraba, permanecí cosa de una hora sin sentir el más leve acicate de impaciencia, dispuesto, sin embargo, á incorporarme al primer grupo de romeros que se me pusiera á los alcances, en cuyo grupo presumía yo hallar una mujer que me interesaba más de la cuenta.

Eran las siete de la tarde. En el aire salino se columpiaban las notas alegres que difundían desde lejos los organillos alquiladizos, y estas notas, alargadas en el espacio, juntaban sus desfallecidas cadencias al trémolo gembundo de las olas.

Algo de la melancolía profunda que el crepúsculo vespertino esparce en las aldeas, se mezcló inopinadamente á mis pensamientos. Fué un algo irrehazable que no acertaría á explicar. Una ráfaga de aire caliente sacudió las copas de los árboles que orillaban una de las márgenes del camino, y sus hojas, removidas, simularon

el bisbiseo de muchos labios que rezaran. El ser taciturno y meditativo que duerme en las honduras de mi conciencia despertó, á despecho mío, para imponerme su voluntad. La onda de aire que de pronto, en la quietud del anochecer, hiciera crepitar las ramas de aquellos árboles, vino á contarme la inolvidada leyenda de mis esperanzas malogradas, de mis proyectos fallidos, de mis ilusiones desvanecidas en la infinitud del tiempo...

Ni un tiempo de dicha para mí en la continuidad de los sucesos; tristeza y desilusión, fatiga y asco. Esos han sido los cuatro puntos cardinales de mi vida. Y ahora, bajo el estímulo de esta inesperada ráfaga de desconsuelo, el recuerdo de la mujer que yo aguardaba se me aparecía con formas bien distintas.

Evidentemente, yo no la quería. Cuando la enamoré, puse en el empeño los escusos alientos pasionales que aun me quedaban. Sus ojos garzos, con vistas al infinito; su pelo rubio, peinado en rodete al estilo de las matronas romanas; sus labios érctiles y jugosos, como surtidor de besos; la turgencia pagana de sus pechos, el ritmo lascivo de sus caderas, las modulaciones de la voz, la coquetería del gesto, el movimiento al andar, su manera de recogerse el vestido, todo, lo que era parte integrante de aquella mujer ó simple emanación suya, me subyugaba. Hasta su fingida niñería (*enfantillage*) bajo la cual adivinaba yo ese fondo de perdidas común á todo su sexo era para mí un motivo de seducción.

—Vendrás de romería á Pedernales? Suele haber todos los años mucha animación y de fijo que te divertirás,—me había dicho ella por la mañana en el pórtico de la parroquia. Y yo, que dicho sea de pasada, no tenía otra ocupación de más urgente desempeño, dí en la tontería de rehusar. ¿Porqué? Pues, por sencillo afán de contrariarla.

Me preguntaba yo ocho horas después, tumbado sobre el murallón, en la carretera silenciosa y desamparada, que linaje de sentimientos unía mi vida á la vida de aquella mujer, y porque raro sortilegio mi espíritu altanero é independiente, se mostraba esclavizado á sus voluntariedades. ¿Porqué esta sumisión de mi parte, sino la amo? Al llegar aquí, luego de haber echado á volar todas mis facultades discursivas en busca de una razón á algo equivalente capaz de convencirme, acabé por dar con la explicación de mi ceguera pasional.—Ello es debido,—me dije,—á que esa mujer resume en sí misma todas las variedades de bellezas que yo he amado. En la transparencia luminosa de sus ojos, veo la cándida





gentileza de mi primer amor, á los trece años; en la rubicundez sedeña de sus cabellos, está mi tierno romanticismo de los diez y ocho; en sus labios carnosos y sensuales, leo la historia de mis amores culpables, de mis aventuras clandestinas, y en toda su persona, en fin, está el gallardo arquetipo de mis opulentas idealizaciones de artista enamorado de la eterna belleza.

En ese trecho de mis fantasías andaba yo, cuando un cercano rumor de pasos me restituyó á la realidad de las cosas. La noche había llegado á su plenitud de oscuridad. El cielo anubarrado, y la mortecina luz que irradiaba la luna, quebrábase sobre las lomas del monte frontero de la carretera, la cual quedábase cuasi en penumbras. El mar broaba, con mayor furia que antes, y las olas rompían con estrépito en los cantiles.

El rumor de los pasos era cada vez más distinto, más cercano. Palabras sueltas, disonancias de la conversación regular, que los romeros gente pacífica, debían traer, llegaban hasta mí. El aire, que me había puesto en el ala del sombrero, algunas briznas de hierba, trájome á los oídos frases aisladas, cuyo significado no logré entender. El espíritu de espionaje que todos hemos ejercitado alguna vez, el deseo de ver sin ser visto, me poseyó en este instante.

Hice un salto atrás, hundiéndome la mitad de mi cuerpo en una copiosa mata de zarzamoras que, por servirme de sustentáculo, me castigó con más de un pinchazo en las piernas. Agaché la cabeza hasta colocarme á ras de la cima del murallón. Venían por parejas bisexuales, como es cos tumbre al regresar de las romerías en Vizcaya, y entre pareja y pareja mediaba un trayecto que los varones procuraban alargar todo lo posible. ¿Dónde estará ella? pensé todo cuidadoso. ¿Se habrá quedado allí?

Hice interiormente intención de llegar-me á Pedernales á buscarla, y entretanto continué alerta. Una pareja, muy distanciada de las precedentes, se aproximaba. Aun no había yo visto los contornos limpios de aquel hombre y aquella mujer, que avanzaban cogidos de bracero con gatuno sigilo, y ya una ola de sangre impetuosa había partido de mi corazón metiéndose en mi cabeza. Todos mis sentidos, avizorados, convergían hacia la odiada pareja. Mis ojos, cobrando una agudeza visual que después acá no han tenido, vieron lo que debían ver: el brazo membrudo de un marinero, cifiendo el talle delicado y tornatil de una damita, la cual, fingiendo un cansancio que tal vez tuviera su razón de ser cierto, apoyaba su cabecita, aquella cabecita de mis adoraciones de artista, en el hombro recio del mozállón.

—Buene,—dirá el lector:—y usted, ¿qué hizo?—¿Yo? ¿Qué había de hacer? Por de pronto un par de sonetos chorreando indignación. Luego, la maleta para escaparme del pueblo al día siguiente.

MANUEL BUENO



## MI RECUERDO

No tan áspero al pecho palpitante  
jamás el dardo fué de mis dolores,  
como en el duro instante

de aquel eterno adiós á tus amores.

Hízase en mí la noche y el vacío,  
cuando, entreabriendo trémula tu puerta,  
dijiste: ¡adiós, bien mío!  
y me besaste con la boca yerta.

y, en medio de sus sombras y sus ruidos,  
se escapan de mi seno  
de una inmortal tristeza los gemidos.

Esperanza, temor, gozos y agravios  
¿qué no he probado con mudanza externa?  
Y aun palpita en mis lábios  
aquel beso de hielo que me quema.

Pasa el tiempo veloz, de olvidos lleno,

ENRIQUE JOSÉ VARONA





Palau Mezerheim: LA POSTERIDAD DE UN REY



## RÁPIDAS

Ya han pasado más de ocho años y, sin embargo, aun los recuerdo como si fuese ayer mismo.

En el transcurso de tan largo espacio de tiempo todavía no me ha sido posible olvidar, ni siquiera por un breve instante la triste imagen de aquel pequeño angelito de rubios cabellos y azulados ojos en los que parecía brillar constantemente una lágrima, como débil protesta contra su cruel infortunio.

De continuo me parece oír su atijelada vocecita murmurando con aquel tonillo quejumbroso y dulce:

—Una limosnita caballero, una limosnita para mi madre.

Y su pequeña mano, la mano de una niña de seis años, se extendía temblorosa esperando el mísero socorro, con el cual aliviaría un tanto la situación de la infeliz mujer medio baldada, que yacía acurrucada en el pequeño rincón que formaban en la estrecha calleja el antiguo señorial caserón y la desmedrada casucha de vecindad.

Un día, ¡oh aquello fué horrible! Un día la pobre criatura, corrió, como siempre presurosa, hacia mí, atravesando la calle en el mismo momento en que un lujoso *landau* arrastrado por brioso tronco de jacas, acababa de salir del vecino palacio; los caballos apenas contenidos por el cochero se arrojaron sobre la niña y el pesado vehículo pasó como un relámpago dejando atrás, ya convertido en informe montón, el tierno cuerpecito de la infeliz mendiga.

Al acercarme para socorrerla aun pude ver por última vez sus grandes ojos que desmesuradamente abiertos miraban al cielo, mientras que su brazo derecho, por una casualidad acaso, yacía extendido hacia el lugar que ocupaba su madre, como si en sus últimos momentos hubiese querido indicar á Dios la desventura en que la pobre quedaba, al perecer ella bajo las ruedas del carruaje.

F. ROSUERO DE SEGURA



## IDE VERANO!

Llegaron las calurosas noches de julio y con ellas las perdurables molestias que el estío proporciona á los mortales que no disponemos de *medios* para refrescarnos el abrasado cutis en las playas y balnearios predilectos de la moda.

En Madrid, ya se sabe: llega el verano y entre los millares de insectos domiciliarios, los niños góticos que bajan al Prado y Recoletos para lucir su estupidez innata é incorregible; las niñas cloróticas que apenas vestidas con cola sueñan cada cual en pescar un tonto á guisa de marido que la eleve al rango de señora, la costé sus caprichos y la ponga en disposición de *rozarse* con la crema social; y la frescura de las mozas juncuales que en los aguaduchos sirven agua con azucarillos, merengues, aguardiente, gaseosas y otras bebidas refrigerantes, al mismo tiempo que abrasan al hombre más incombustible con miradas incendiarias, palabras que chisporrotean y sonrisas que dislocan, los vecinos más ó menos pacíficos de la coronada villa vivimos, como el famoso personaje de Voltaire, en *el mejor de los mundos posibles*.

¡Oh! Las noches estivales en Madrid, son la mar de divertidas.



Huyendo del calor que en lo interior de las habitaciones se deja sentir, baja usted por ejemplo, al Prado. Aquello está delicioso.

Toma usted asiento, si lo encuentra disponible, en un banco de piedra, ó prefiere usted ocupar una silla de hierro, mediante el abono de diez céntimos del ala y allí se recrea usted viendo á las niñas que saltan la comba, juegan al corro cantando aquello de:

*Mambrú se fué á la guerra...*

ó se divierten en las mil emociones que á sus infantiles anhelos proporcionan las cuatro esquinas, ó la gallina ciega.

Más allá, rancho aparte, puede usted recrearse en la contemplación de unos cuantos muchachos jugando al toro, al marro, ó á justicias y ladrones.

Y si aturdido y mareado por los gritos de unos, las carreras de otros y la destemplada canturria de aquellas, huye usted de la tropa menuda y busca plaza en el centro del paseo, por donde van y vienen las personas más formales, al parecer, recordará usted enseguida los versos de Bretón de los Herreros, en su comedia *A Madrid me vuelvo*:

«¡Cuánto mejor es el Prado!  
 »Allí se lucen los trajes;  
 »allí se arman las intrigas,  
 »y se disponen los bailes;

»se corteja á las muchachas;  
 »se hace burla de las madres;  
 »se critica á los de atrás;  
 »se pisa á los de delante.»

Y si abrumado por el calor quiere usted refrescar económicamente y se sienta cabe algún velador en cualquiera de los muchos puestos allí establecidos, será usted servido por una moza de trapío, desenvuelta y provocadora, que en vez de proporcionarle *el alivio* que solicita, eleva su temperatura al rojo cereza, cuando acertiéndole una mirada incandescente, le pregunta con voz zalamera y graciosas sonrisas:

—¿Qué vá usted á tomar?

¡Por qué es un absurdo, que sirvan refrescos esas muchachas que son verdaderas estufas, capaces de hacer que arda el hielo!

Y si usted, lector, es un poco comunicativo y dá palique á la gentil camarera... ¡el disloque!

Podrá usted guardar calor para el próximo invierno.

De donde se deduce que en ninguna parte estará usted más fresco que en su casa, según opinión de mi respetable amigo D. Teodomiro Clavellina, inquilino de un piso tercero con entresuelo y primero, sin ascensor, en la calle del Tribulete.

La otra noche me decía:

—¿Querrá usted creer que yo no siento el calor en todo el verano?

—¿Feliz usted! ¿Y qué hace para obtener tan lisonjero resultado?

—Cosa muy sencilla: Cierro todas las puertas y ventanas de la habitación, para evitar comunicaciones de aire; abro el hueco que *cae* sobre el tejado, me quedo en paños menores, deajo á mano el botijo y con un abanico, en forma de fuelle agito y renuevo el aire constantemente y así me paso la noche hasta que el sueño me rinde y en el *traje* de Adán me tiendo á mis anchas en la cama, que está situada debajo de la ventana que deajo abierta. Así, le aseguro que no sudo, ni siento el calor en todo el verano.

El sistema no puede ser más primitivo, ni más simple... ¡sobre todo simple!

Tanto como D. Teodomiro, que es la simplicidad personificada.

Hay otros prójimos, que tampoco deben sentir gran cosa los efectos del calor.

Me refiero á los *frescos* que tanto abundan.

Porque uno de esos, en pleno mes de julio, le pide á cualquiera cinco duros, se los guarda con intención de no devolverlos y se queda *tan fresco*...

O dar todos los días motivo para que cualquier individuo nos suelte cuatro *frescas*; al cabo del verano, se puede recopilar, con ese método una respetable cantidad de *frescura* y podremos vivir... ¡tan *frescos*!

Existen otros medios, á cual más ingenioso, para contrarrestar las fatigas veraniegas.

Conozco un *amateur* de la pintura, admirador á *outrance* de Rafael, que en vez de ir á San Sebastián ó á Costena, en busca de fresco, permanece tres ó cuatro horas diarias frente al *Pasmo de Sicilia*... ¡y en pleno mes de agosto, tuvo que meterse en cama el año pasado, víctima del pasmo!

También es eficaz para no sentir el calor, dedicarse á la lectura de *Los ingleses en el polo Norte*, *Una invernada en los hielos*, ó *El País de las pieles*, de Julio Verne; está probado que esas obras dejan frío á cualquiera.

No faltan incautos que aspiran á tomar el fresco en los Jardines del Buen Retiro, dando cuatro vueltas al rededor del kiosko, ú oyendo cantar á unos cuantos artistas de ópera barata...

¡Error! A lo más, oyendo á esas divas y á esos *divos*, se logra sacar del espectáculo, lo que el negro del sermón: la cabeza caliente y los pies fríos, lo que resulta refrito con la higiene; y la salud es lo primero, como dice un señor á quien conozco, cuando alguien le pregunta si ha leído tal cual obra.

De todos modos, para el que no puede salir de la Corte durante el verano, lo más conveniente es que se conforme con sudar cuanto pueda, ó se dedique á *golfo*.

Porque así podrá tomar posesión por las noches de un banco del Museo y dormir en él sin temor á los insectos, ni á la falta de ventilación...

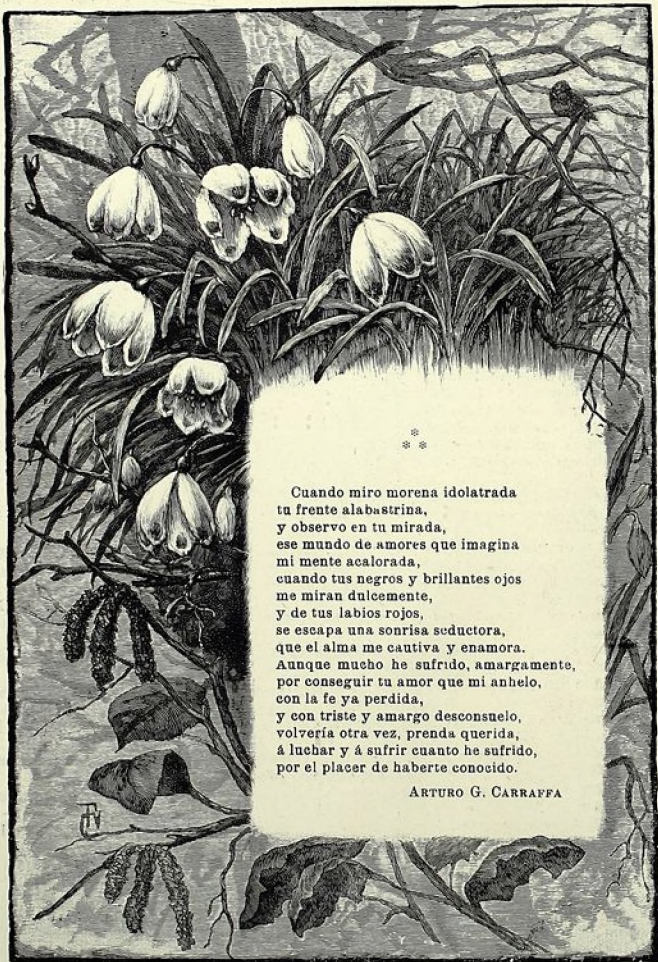
Y vean ustedes lo que es la triste condición humana: en las noches de estio, hasta los pobrecillos y miserables *golfos*, son dignos de envidia.



LUIS FALCATO

(Dibujos de T. Gascón)





\*\*\*

Cuando miro morena idolatrada  
ta frente alabastrina,  
y observo en tu mirada,  
ese mundo de amores que imagina  
mi mente acalorada,  
cuando tus negros y brillantes ojos  
me miran dulcemente,  
y de tus labios rojos,  
se escapa una sonrisa seductora,  
que el alma me cautiva y enamora.  
Aunque mucho he sufrido, amargamente,  
por conseguir tu amor que mi anhelo,  
con la fe ya perdida,  
y con triste y amargo desconsuelo,  
volvería otra vez, prenda querida,  
á luchar y á sufrir cuanto he sufrido,  
por el placer de haberte conocido.

ARTURO G. CARRAFFA





## I

Liado en una vieja y sucia capa, yace dormido sobre un miserable lecho formado por cuatro tablas carcomidas y un mugriento jergón de esparto.

De repente se agita, comienza á soñar, habla. Oigámosle.

## II

—¡Hola! ¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama á mi puerta? ¿La miseria? ¡Infeliz, aquí no puedes entrar, vienes equivocada, yo soy rico, inmensamente rico, millonario. ¿Qué quieres? ¿Una limosna? Imposible, hoy no puedo socorrerte, vuelve mañana. ¿Qué no te es posible esperar? Lo siento. Vete, no me molestes más. ¡Cómo! ¿Qué no quieres? ¿Me amenazas? ¡Já, já! ¡Desgraciada! Marcha, marcha sino quieres que te arroje. ¿Qué quien soy para arrojarte? ¡Pobre! Vas á saberlo. Acércate, esconcha...

¿Contemplas esos soberbios y grandiosos palacios que se elevan majestuosamente entre esa abigarrada multitud de miserables casuchas? ¿Ves á través de sus bellísimos cristales adornados de riquísimas pinturas, salir torrentes de luz? ¿Escuchas las dulces notas de esa música divina que resuena en su interior? ¿Alcanzas á ver, por aquel abierto mirador, aquel grupo de hermosísimas mujeres, que ríen con locura, agitando sus voluptuosos senos apenas cubiertos por los vaporosos encajes que rodean los grandes descotes de sus ricos vestidos? ¿Ves más allá unos cuantos caballeros, elegantemente ataviados, y algunos con la altiva cabeza cubierta de canas? Pues todo eso me pertenece, todo es mío, palacios, mujeres y hombres.

Ellas se han arrojado muchas veces á mis pies mendigando una caricia, que yo les he negado, apartándolas con la punta de mi bota.

Una sola mirada más, bastaría para hacerles inclinarse á ellos sus frentes hasta tocar el suelo miserable.

Ahora ven, approximate á este otro lado. ¿Llegas á percibir, allá lejos la inmensa superficie del azul oceano? ¿Distingues entre sus brumas aquella poderosa escuadra de terribles navíos, que yacen inmóviles como dormidos monstruos marinos? Pues yo soy su amo, á mí solo obedecen. Si quisiera, á una leve indicación sus tremendos cañones comenzarían á arrojar torrentes de fuego y metralla sobre la tierra, arrasándolo todo.

¡Mi poder es inmenso! ¡Absoluto! ¡Infinito! Cuando yo hablo todos deben guardar religioso silencio. Nadie más que yo tiene derecho á levantar la frente. ¿Qué soy un loco? ¿Y tú? Una desdichada sin más derecho que el de limpiarte el barro que salte á tu rostro desprendido de las ruedas de mi carroza, cuando cruza las calles arrollándolo todo como rugiente torbellino. ¡Tú eres la carne, yo el cuchillo! ¡Cómo! ¿Me amenazas? ¿Avanzas con la mano levantada? ¡Atrás, miserable! ¡Oh! Tienes más fuerzas que yo. La desesperación, sin duda. Aguarda. ¡Ay! Me has vencido, me has derribado. No, no hieras. Perdóname. Te daré una gran parte de mi fortuna. Piedad. Sí, si comprendo que me he burlado de ti, que te he oprimido, que... no. ¡Ay!...

## II

Se agita locamente, rueda del lecho y al caer se da un fuerte porrazo en la cabeza.

Despertando.

—¡Qué horrible sueño he tenido! Más... ¿Qué digo? ¡¡Qué hermoso!! (Queda pensativo).

F. ROSUERO DE SEGURA





—¡A ver qué cromó!—dije á mi amigo Pedro, arrebatándole la caja de cerillas que conservaba en la mano después de haber encendido un magnífico habano.

—¡Qué curiosidad!; cualquiera diría que te interesa la señora fotografiada.

—Todos esos cromos, me recuerdan un suceso para mí doloroso. Te contaré para que sepas por qué miro con curiosidad esas fotografías.

Era mi amigo Felipe, un joven bondadoso como él que más; en él no cabía ninguna mala acción, ni siquiera un mal pensamiento.

Exento de vicios, llegó á la edad de veinticinco años, durante la cual se casó con una encantadora rubia de la que estaba ciegamente enamorado. Ella le correspondía, ó parecía corresponderle con la misma pasión, que Felipe creyó verdadera.

Más no era así; pasada la luna de miel y cuando, en su candidez, la creía más enamorada, al volver de la calle la encontró en brazos de otro.

Útil sería contarte lo que pasó por él. Mudo, con los ojos sin brillo y como petrificado se quedó en el humbral de la puerta. Solo tuvo fuerzas, para pronunciar con infinita amargura, esta palabra: ¡infel! y cayó desplomado sobre una butaca.

Mientras el amante huía, la mujer corría en auxilio de su marido, que perdido el conocimiento yacía sobre el sillón.

Vino un facultativo y á fuerza de reactivos pudo volver en sí á mi pobre amigo.

Pero éste, una vez que recobró el conocimiento, no hacía otra cosa que mirar con ojos extraviados todo cuanto le rodeaba, pugnando por pronunciar palabras que se negaban á salir por sus lívidos labios. Por fin, como resumiendo todas las ideas que en su cerebro bullían, soltó una estridente carcajada que heló de espanto al médico, que conociendo el estado de mi desdichado amigo dijo á la esposa esta lacónica frase: —Señora, se ha vuelto loco...

Pasaron años, y Felipe continuaba recluso en un manicomio, sin que nadie pudiera romper el mutismo en que se encerró desde el día en que la fatídica aventura arriba narrada, le privó de la razón.

Un día que el médico alienista hacía la cotidiana visita de inspección á aquellos desgraciados, creyó percibir gemidos que prevenían de la estancia en que Felipe se encontraba. Allí se encaminó y vió á mi amigo que con la cabeza entre las manos se lamentaba del para él incomprensible encierro á que se hallaba castigado.

Había vuelto á la razón pero de nada se acordaba; recobró el conocimiento pero perdió la memoria. El doctor, se hizo cargo del estado del paciente, le dió de alta, recomendando á la familia le tuviera á su lado, pero escondiera todos los objetos que pudieran recordarle su vida anterior.

La esposa adúltera, marchó á Francia y Felipe vivía al lado de sus padres; se encontraba curado, más no se acordaba de lo que motivó su desgracia. Pero quiso la fatalidad que un día al ir á encender un cigarró se encontrara sin fósforos; entró en un estanco, los compró, y al mirar el cromó quedóse lívido.

Aquel cromó, por una rara coincidencia se parecía á su mujer; y en aquel momento, rasgóse la nube que cubría sus antiguas desdichas. Recobró la memoria, y con la rapidez del rayo sacó una pistola, la puso sobre su sien y disparó cayendo sobre la acera con el cráneo deshecho y la caja de cerillas entre sus crispados dedos.

ANGEL MACÍAS RODRIGUEZ



# PEPITORIA

FRASE EN ACCIÓN

(OTÁLOGO)

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 29.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó. y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbará.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacoliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacoliot.

*Orso*, por Enrique Synekewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Ju. Ilo Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Ya vayas á Polvoranca,  
ya vayas á Biarritz  
si tienes callos no dejes  
de llevar LADIVONSIM.

—Mire usted que manada de carneros viene por allí,  
—¿Dónde está? No la veo.  
—Dispense usted, que me habían parecido.

NOVEJARQUE

## DOBLE CUADRADO ACRÓSTICO ARTÍSTICO

¿	¿	¿	¿	¿	-	?	?	?	?	?	?
¿	*	*	*	*		?	*	*	*	*	*
¿	*	*	*	*		?	*	*	*	*	*
¿	*	*	*	*		?	*	*	*	*	*
¿	*	*	*	*		?	*	*	*	*	*

Sustituir las interrogaciones y los asteriscos por letras para que se lea correlativamente en direcciones horizontales y verticales en los dos cuadrados:

1.ªs líneas. **PINTOR** contemporáneo.

2.ªs Cordillera muy elevada en la parte occidental de la provincia de Navarra y oriental de la de Álava.—Ave.

3.ªs Discuir, meditar, inventar alguna cosa.—Mueble que sirve para guardar la vajilla y todos los accesorios que componen el servicio de la casa.

## NOTA ARTÍSTICA, por Novejarque



**ZZZZZZ**

Con las letras de lo que expresan los anteriores significados, formar el nombre de un **ILUSTRE PINTOR ESPAÑOL**.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTERSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA ISERICA». PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA

4.ªs Pajar en el campo.—Adjetivo; que no ha recibido lesión ó daño (femenino).

5.ªs Árbol que se cria en el litoral del Mediterráneo, en las islas Canarias y en la India.—Nombre de una colonia inglesa de Africa, al N. E. de la del Cabo.

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCION

á los pasatiempos del número anterior

Cruz logográfica.—

S	O	L	S								
S	O	S									
S		C							F		
O	S	L	O	S					S	O	
L	O	C	O	F	O	C	O	S			
O	S	S	O	L	S				S	O	
S		C							S		
S	O	S									
F	O	S	O	S							

Salto de caballo de letras.—La felicidad del cuerpo consiste en la salud; la de la inteligencia, en el saber.

Acertijo.—Península.

Charadístico:

**VA-LEN-TI-NI-A-NO**

1.ª 2.ª 3.ª 4.ª 5.ª 6.ª

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. A.—Madrid.—Le pongo á usted el primer y de poder insertar más fácilmente algún fragmento de su pequeño poema:

Aurora era una muchacha  
Que según parece no tenía tacha;  
Su apellido paterno era Peñador  
Por parte de madre se llamaba Toledo.  
Vivia en compañía de una tal Leonor  
Que se llamaba además Acebedo.

Su clase de inspiración me da á entender debe ser usted escribiente de las cédulas.

R. M. P.—Granada.—Se publicarán sus versos en cuanto tengamos espacio disponible.

S. O.—Barcelona.—El cuento resulta demasiado largo para el asunto.

E. P. de H.—Santander.—Irán las decimas.

M. P. S.—Arévalo.—Los cantares son muy bonitos.

M. M.—Madrid.—Gracias por los sonetos, que desde luego quedan aceptados.

A. O.—Sevilla.—Tiene que ser gratis y estar bien. Conformes en la interpretación de la máxima criptográfica.

Namias.—Madrid.—Realmente hay que comprimir.

F. G. S.—Valencia.—Perfectamente; puede usted enviar el dibujo.

F. P.—Tarragona.—Muchas gracias por el envío de sus lindas poesías.

L. M. H.—Villarroble.—Publicaremos algo de lo que envía, en cuanto á la poesía ya impresa habria de tardar muchísimo tiempo, pues estamos agobiados de original.

ESTADOS UNIDOS



ARTILLERÍA MONTADA: SOLDADO